

Las enseñanzas de Mateo 25

Introducción

El capítulo 25 del Evangelio de Mateo continúa la enseñanza del capítulo 24, que aborda los eventos previos a la segunda venida de Cristo. Este capítulo se centra en la realidad de la iglesia y las dificultades que enfrentará según las profecías de Jesús. Incluye tres parábolas: la de las diez vírgenes, la de los talentos y el juicio de las naciones, las cuales, aunque parecen independientes, están interconectadas. Juntas muestran la importancia de la consagración, la multiplicación de los talentos y la producción de frutos visibles en la vida cristiana.

La parábola de las 10 vírgenes

La parábola describe a diez vírgenes que esperan la llegada del novio. Cinco de ellas son prudentes y llevan aceite adicional para sus lámparas, mientras que las otras cinco son insensatas y solo llevan lo básico. Cuando el novio se retrasa, todas se duermen. Al llegar el novio, las insensatas descubren que sus lámparas se están apagando y piden aceite a las prudentes, quienes se niegan a compartirlo, pues no sería suficiente para todas. Las insensatas salen a comprar aceite, pero el novio llega antes de que regresen. El novio abre la puerta a las prudentes y cierra la entrada a las insensatas, impidiéndoles participar en la fiesta de bodas. Esta parábola enseña la importancia de estar preparados para la segunda venida de Cristo, destacando que el aceite simboliza las buenas obras y la fe necesarias. Además, subraya la responsabilidad individual de cada persona en su preparación espiritual y la necesidad de mantener una relación activa con Dios, evitando distracciones del mundo.

El amor al mundo

El texto enfatiza que no debemos amar al mundo ni sus deseos, ya que estos no provienen del Padre, sino del sistema del mundo bajo control del príncipe de la potestad del aire. Amar al mundo puede llevar a perder el amor del Padre y a carecer del Espíritu Santo, simbolizado por la falta de aceite en nuestras lámparas. El ejemplo de Lot demuestra cómo la codicia y la cercanía al pecado pueden alejar a la persona de Dios. Pequeñas distracciones, como el uso excesivo de tecnología, la búsqueda de riqueza, malas decisiones en relaciones o negocios y el ocio desmedido, pueden debilitar nuestra conexión espiritual. El orgullo y la soberbia también representan obstáculos importantes. Por ello, es esencial perseverar en la fe y mantener la lámpara encendida, recordando que, aunque estamos en el mundo, no somos del mundo y debemos resistir al reino de las tinieblas.

Sin santidad nadie verá a Dios

La santidad es un requisito fundamental para ver a Dios y vivir una vida recta y libre de pecado. El texto utiliza la metáfora de las “cojeras” espirituales para representar los pecados o debilidades que pueden desviarnos del camino de Dios, y destaca la importancia de no permitir que estas se arraiguen en nuestra vida. La paz es otro aspecto esencial de la santidad; ser pacificador y evitar la confrontación constante contribuye a acercarnos a Dios. La amargura, por su parte, puede contaminar a muchos, por lo que es necesario buscar la ayuda divina para superarla. La impulsividad también puede llevar a decisiones espiritualmente peligrosas, como ejemplifica Esaú al vender su primogenitura por un plato de comida. La preparación espiritual es clave, simbolizada por el aceite fresco de las vírgenes prudentes. Seguir a Jesús implica negarse a sí mismo, renunciar a los deseos de la carne y del mundo, y dedicarse plenamente a la obra y servicio del

Señor.

Que no se apague tu lámpara

Mantener la lámpara encendida simboliza la importancia de cultivar una relación íntima y constante con Dios. En la parábola, el aceite representa al Espíritu Santo, y estar llenos de Él nos permite mantener nuestra lámpara espiritual encendida. No es posible servir a dos amos; acercarse a Dios requiere alejarse del mundo y sus tentaciones. Para lograrlo, se necesita un compromiso continuo con la oración, el servicio y la búsqueda de la voluntad de Dios. Este enfoque garantiza que nuestra vida espiritual se mantenga activa y preparada para la venida de Cristo, evitando que nuestra luz se apague.